

SINGER, Peter (2017)

*Vivir éticamente: Cómo el altruismo eficaz nos hace mejores personas*

Barcelona: Paidós, 224 p.

ISBN 978-84-493-3315-6

¿Qué es lo que nos mueve a algunos a considerar, más allá de nuestros propios intereses y los de nuestros seres queridos, los intereses de desconocidos, de generaciones futuras y de animales? ¿Son fundamentalmente nuestras necesidades innatas y nuestras respuestas emocionales? ¿O puede la razón desempeñar un papel decisivo a la hora de determinar cómo vivimos?

En *Vivir éticamente*, el filósofo de la Universidad de Princeton, Peter Singer, presenta el altruismo eficaz como un movimiento apasionante, cada vez más en auge, que arroja una nueva luz sobre estas cuestiones. Los *millennials* (los primeros quienes han alcanzado la edad adulta en el nuevo milenio) forman parte de numerosas organizaciones estudiantiles que se están estructurando en torno a este movimiento y suscitan vivos debates en medios y en redes de comunicación social, así como en las páginas de importantes diarios. El altruismo efectivo se basa en la sencilla idea de que deberíamos hacer todo lo que esté en nuestras manos para mejorar el mundo. Una preocupación sobre la que la rama de la filosofía conocida como *ética práctica* ha deliberado desde hace tiempo.

Sin perder su conocido estilo de argumentación utilitarista, Singer abraza la defensa del altruismo eficaz con un esperanzador optimismo sobre nuestro futuro. Convencido de que las próximas generaciones serán capaces de hacer frente a la responsabilidad ética de una nueva era donde nuestros problemas serán de ámbito global y no solo local, se aleja del escepticismo que piensa que nuestra capacidad moral alcanza a aquellos con quienes mantenemos relaciones de beneficio mutuo. El altruismo efectivo es la

demostración de que podemos ampliar nuestro horizonte moral, llegando a tomar decisiones de amplio alcance y usando nuestra razón para valorar las probables consecuencias de nuestras acciones. En este sentido, el utilitarismo vuelve a ser para Singer la postura ética más razonable ante los conflictos morales y sociales.

El altruismo se contrapone al egoísmo, que es preocuparse tan solo por uno mismo, pero no debería identificarse con una acción que exija el propio sacrificio, en el sentido de ser necesariamente contrario a los propios intereses. Muchos altruistas efectivos niegan que lo que hacen suponga un sacrificio. Y, por el contrario, que de tales acciones obtengan satisfacción y felicidad personales no mina en absoluto el sentido ético de las mismas. Para el filósofo del siglo XVII Thomas Hobbes, las personas hacen siempre aquello que favorece a sus intereses. Se cuenta la anécdota de que Hobbes, al darle limosna a un mendigo mientras paseaba un día por Londres, justificó su acto diciendo que le complacía ver que hacía feliz al mendigo, así que solo era coherente con sus intereses personales. No obstante, una concepción de egoísmo tan abarcadora como la que presenta Hobbes debilitaría la dicotomía entre egoísmo y altruismo, hasta el punto de que tal distinción dejaría de tener relevancia. Singer entiende que aquello que define al altruismo no es el sacrificio ni llevar una vida asceta de renuncia al propio interés o bienestar, sino mantener una seria preocupación por los demás. Así pues, sea la motivación o la razón última aumentar el propio bienestar o el del prójimo, tal precisión se vuelve irrelevante para considerar a alguien altruis-

ta siempre y cuando realice deliberadamente actos que beneficien a los demás. Este es el núcleo de la concepción de altruismo que maneja Singer a lo largo de *Vivir éticamente*. De hecho, el autor brinda un buen número de ejemplos de personas consideradas altruistas eficaces que se caracterizan por aunar en sus conductas el esfuerzo por mejorar la vida de los demás y la realización de una mayor satisfacción personal. Es decir, que la mayoría de quienes llevan adelante una vida ética suelen ser más felices al ayudar a aquellos necesitados.

Más aún, en el caso de los altruistas efectivos, el bienestar de los demás les preocupa lo suficiente como para, sin llegar a considerarlo por ellos mismos un sacrificio, aceptar introducir cambios sustanciales en sus vidas. Tal es el ejemplo de quienes entregan a una ONG una parte considerable de sus ingresos mensuales a pesar de no tener una renta anual por encima de la media de la de su país, o de quienes donan un órgano para que pueda aprovecharlo un desconocido de precaria salud. ¿Detrás de tales procedimientos hay motivando una suerte de amor universal? ¿Son estas personas capaces de sentir un grado de empatía mayor que el resto? En el siglo XVIII, David Hume afirmaba que no existe una pasión en el ser humano que consista en el amor al género humano como tal, con independencia de las cualidades personales, los servicios o en relación con nosotros. Más de un siglo después, Darwin cimentaba la afirmación humana con sus estudios sobre la evolución, en que el amor se explicaría solo por las relaciones cooperativas con aquellos más allegados. Por lo que respecta a la empatía, distintos experimentos psicológicos que medían la reacción de personas ante el famoso «dilema del tranvía» han demostrado que quienes emitían juicios utilitaristas, rasgo asociado a los altruistas efectivos, mostraban menores índices de preocupación empática que quienes no empleaban tal tipo de razonamiento.

Estos argumentos dan pruebas a Singer para descartar los sentimientos o las emociones como motor principal de la conducta ética que describe a lo largo de su libro. Y entonces, ¿qué mueve a un altruista eficaz? Salvando las distancias con el instrumentalismo racional de Hume, para quien la razón es y debía ser solo esclava de las pasiones, Singer se situaba más próximo a Henry Sidgwick, quien compartía con Kant la convicción de que la ética tiene una base racional. Sidgwick, como buen último utilitarista del siglo XIX, sostenía que hay principios morales evidentes de por sí, axiomáticos, a los cuales llegamos a comprender razonando en abstracto y de los cuales podemos deducir «la máxima de Benevolencia», que consiste en la obligación moral de tratar el bien de cualquiera como el propio. Así pues, es mediante un esfuerzo cognitivo que podemos lograr lo que Bernard Williams creía imposible: que los seres humanos puedan adoptar «el punto de vista del universo». Los altruistas efectivos son capaces de tomar distancia de valoraciones más personales que suelen dominar la forma en que vivimos. Aunque no es un distanciamiento total, ya implica un cambio en el modo de vida que se desarrolla. La capacidad de raciocinio se impone a las emociones a fin de reencauzarlas.

Sobre la base teórica de maximizar el bien que esté a nuestro alcance, se erigen distintos interrogantes que a Singer no le pasan inadvertidos. Uno de ellos consiste en plantearse si es indiferente la efectividad de las donaciones dirigidas al ámbito nacional o más allá de las fronteras del propio país. El campo de la filantropía se ha mostrado insensible en sus análisis a discriminar entre beneficiar a los desfavorecidos de la propia nación o de fuera de esta, a pesar de que suelen existir variaciones sustanciales en la calidad de vida entre un colectivo y otro. Algunas organizaciones filantrópicas, como la Rockefeller Philanthropy Advisors, de

hecho fomenta que se opere éticamente a nivel nacional, con lo que mejora la atención a los estadounidenses por encima de otros objetivos que pueden procurar un mayor bienestar general. No se debe obviar que la pobreza es muy distinta en Estados Unidos y en los países en desarrollo. Mientras que en 2012 el Gobierno estadounidense fijaba el umbral de la pobreza en una renta individual de 16,34 dólares diarios por persona, el Banco Mundial estipulaba la cantidad de 1,25 dólares diarios como límite de la «pobreza extrema». Tales cálculos han sido realizados teniendo en cuenta la divisa nacional de cada país, es decir, «atendiendo al poder adquisitivo». Además, hay que añadir los muchos programas y ayudas estatales que una gran cantidad de gobiernos de países desarrollados ya ponen al alcance de sus habitantes en situación de precariedad. Así pues, ¿es irrelevante actuar éticamente a escala nacional o global? En *Vivir éticamente* se sostiene que, aun con los complejos juicios de valor que se llevan a cabo cuando se actúa con fines benéficos, el altruista eficaz entiende que hay una respuesta objetiva a la pregunta acerca de si existen unas causas mejores que otras.

Las cuestiones sobre las que delibera Singer implican hacer valoraciones controvertidas sobre qué organizaciones muestran un mayor grado de efectividad, así como sobre qué ámbitos generales nuestros recursos pueden hacer un mayor bien. Aunque el principal ejemplo expuesto a lo largo del libro de causa con gran efectividad es la ayuda a los más pobres del mundo, esta no tiene por qué ser la más prioritaria. Este distanciamiento crítico que establece el autor le lleva a plantearse comparaciones difíciles a la hora de priorizar dónde es posible hacer un mayor bien. Por ejemplo: ¿es más importante donar a una organización que luche contra el cambio climático o a otra que lo haga contra la malaria? Y, en caso de tener que escoger, ¿es mejor contribuir

a curar la ceguera o a reducir el sufrimiento y el maltrato animales? En cuestiones como estas, la cantidad de posibles beneficiarios, las expectativas acerca de la duración y la calidad de sus vidas, así como los recursos que habrán de invertirse para conseguir un cambio significativo en sus existencias importa en el cálculo de quien opta por actuar éticamente.

Los altruistas encuentran las mejores oportunidades para hacer algo efectivo cuando se centran en las causas que no importan a la mayoría de gente y que son, por tanto, más desatendidas. Asimismo, no tienen por qué preocuparse de resolver las injusticias más urgentes, dado que no necesariamente coinciden en realizar el máximo bien. Lo que les interesa es alcanzar el impacto más grande que puedan, antes que reaccionar ante la actuación que se estima como necesaria de forma más inmediata. Del mismo modo, no se contentan con donar a una organización al azar, como hacen dos terceras partes de los donantes, sino que escogen entre aquellas evaluadas y recomendadas por metaoenegés, guiándose más por la razón que por la emoción. Requiere de un análisis minucioso discernir la rentabilidad y la efectividad de una oenegé, dado que no basta con averiguar cuántos fondos destina a sus programas en lugar de en administración o en recaudar más. Es menester indagar también en los resultados que consigue cada programa en particular, así como las repercusiones que pueden derivarse de invertir en, por ejemplo, mejorar el sector administrativo.

Por último, Singer no deja exenta de argumentos la eficacia que podría ostentar prevenir la extinción de la humanidad. Ante esta última cuestión, donde lleva el razonamiento consecuencialista hasta un nivel más profundo de abstracción, abre las puertas a reflexionar nuevamente acerca del valor que concedemos a la vida. El diálogo entre aumentar el tiempo de vida o la calidad de la misma queda intrincado por el abordaje de otros

factores a tener en cuenta, como el nacimiento potencial de futuras vidas, los posibles riesgos que se puedan correr conforme avanza nuestro desarrollo en el mundo o el dolor que pueda padecer la familia de quien ha sufrido un destino indeseable. Aunque a los altruistas efectivos no les afecta tanto que la víctima a la que pueden aportar ayuda sea identificable por ellos o no, cuando las opciones futuras entran en el cálculo utilitarista, las estimaciones parecen volverse más oscuras. Al respecto, merece la pena preguntarse si es tan grave la muerte de una persona existente como la no concepción de un niño. Como posible respuesta, se erige la tesis que Singer llama «de la existencia previa», según la cual debemos hacer que los seres capaces de existir lleven una vida lo mejor posible, pero sin albergar la obligación de traer a la existencia a seres que, de no ser por nuestras acciones, jamás llegarían a nacer. Ahora bien, aceptando que no hay ninguna exigencia moral por reproducirse, ¿sería ético que se llevara a cabo una esterilización masiva de la especie humana si todos estuviéramos de acuerdo en no tener hijos, a pesar de poner en riesgo la existencia futura de la humanidad? Llevando al extremo ciertas valoraciones de la vida, invita a sumergirnos en un maremágnum de dudas donde ninguna acción parece ser la correcta.

Con todo, Singer nos recuerda que los altruistas efectivos no dejan arrastrarse por corrientes escépticas y encajan con serenidad la complejidad que supone actuar con la máxima beneficencia. Además, hallan estrategias a las que enca-

rar su acción con mejores resultados objetivos que otras. Por ejemplo, eliminar o moderar el consumo de productos animales beneficiaría a los animales, limitaría la emisión de gases de efecto invernadero y reduciría la probabilidad de padecer pandemias causadas por virus que pudieran evolucionar entre los animales hacinados en las actuales granjas industriales. También, otro método de aportar beneficios inmediatos a la vez que se reduce el riesgo existencial podría ser educar y empoderar más a las mujeres, que tienden a ser menos agresivas que los hombres, con lo que se reducirían las probabilidades de que se produjeran graves guerras o conflictos. Además, suele haber una relación directa entre la educación a las mujeres y una menor concepción y mejor salud de los hijos.

A pesar de la vasta red de hostilidad y sufrimiento que sacude el mundo, Singer muestra una actitud optimista al evaluar la situación global. Las probabilidades de hallar una muerte violenta a manos de otro ser humano son menores hoy que en cualquier otro momento de la historia, y en los últimos años la cifra diaria de niños que mueren a causa de enfermedades evitables ha caído sustancialmente. El altruismo efectivo, sin tener que implicar tomar decisiones radicales, comporta un avance en conducta ética, así como en aplicación práctica de nuestra capacidad de razonar. De esta manera, el libro *Vivir éticamente* nos ofrece nuevas esperanzas sobre la posibilidad de abordar los problemas más apremiantes que afectan al mundo, así como aquellos que, aun sin estimarse urgentes, merecen una seria preocupación.

*Cristian Moyano Fernández*

Universitat Autònoma de Barcelona

<https://doi.org/10.5565/rev/enrahonar.1194>

